

En la simple enumeración hay más rapidez y viveza, en la distribución más calma y tranquilidad. En la primera se ve cierto movimiento apasionado; en la segunda ese movimiento se temple con la frialdad del raciocinio. Una y otra se emplean con acierto cuando son espontáneamente sugeridas por la naturaleza del asunto y las circunstancias que le rodean. De otra suerte, si el orador se afana en traerlas por hacer un vano alarde de ingenio, está muy á riesgo de que el estilo resulte afectado y redundante (1).

---

(1) Miguel: *Retórica y Póctica*.

## CAPÍTULO VI

### CONTINUACIÓN DE LAS FIGURAS DE PENSAMIENTO

#### I

#### Figuras patéticas.

Las figuras de que vamos á tratar pertenecen especialmente á las fuertes conmociones del alma avivada por la imaginación, y á los sacudimientos impetuosos que, comprimidos por algún tiempo, terminan en la violenta explosión de los transportes. Aquí todo es sensibilidad, todo acción rápida, que, extendiéndose por la naturaleza, la anima y la hace partícipe de las más vivas impresiones. El alma, una vez agitada, distingue los objetos con mayor fuerza, los expresa con mayor interés y debe sentirlos con más vivacidad y calor. Es verdad que la dicha y el infortunio agitan el alma de diverso modo, pero siempre con grande actividad; ya se encamine directamente á todo lo que le interesa, ya se entregue á la admiración. Aquí vacila, delibera consigo misma; allí, arrastrada por las más fuertes impresiones, impele y arrastra á los que ponen obstáculos á sus deseos. En fin, cuando la violencia de sus transportes llega á su colmo, habla, no sólo con cuantos la rodean, sino con los ausentes y hasta con los objetos inanimados; amenaza, ruega, exclama, sustituye á la expresión débil otra mas fuerte, exagera, invierte el orden lógico de las ideas, para conservar el del interés

actual. Expone con viveza y ardor lo que desea, supone vida, movimiento é inteligencia en todos los seres; interrumpe el discurso, dejando incompleto el sentido de sus frases; afirma con juramento tal vez imposible lo que dicen sus palabras; pregunta, aun cuando nadie haya de responder, y si se queja de sus desgracias, parece que se complacería en que se agravaran para tener motivos más fundados de quejarse.

A estas diversas maneras de expresar con verdad y viveza los afectos, se ha dado el nombre de figuras patéticas.

## II

## Clasificación de las figuras patéticas.

Los diversos movimientos que producen en el alma las pasiones, están ligados á diferentes pensamientos con modificaciones particulares, y de aquí han nacido aquellas locuciones, que en el idioma de la retórica llamamos *apóstrofe*, *exclamación*, *corrección*, *hipérbole*, *prosopopeya*, *reticencia* é *interrogación*. Tales son los nombres de las principales figuras llamadas *patéticas* que iremos recorriendo brevemente.

*Apóstrofe* (1).—Por esta figura el orador interrumpe el hilo de su discurso y no se dirige ya á los oyentes, sino á alguno ó algunos de sus oyentes ó bien á los ausentes, á los muertos ó á personajes ficticios. David, llorando la muerte de Saúl y Jonatás, se expresa así (2): «Los ínclitos de Israel fueron muertos sobre sus montes; ¿cómo cayeron los fuertes? No deis la nueva en Geth, ni la publicuéis en las plazas de Ascalón... *Montes de Jelboé*, ni rocío ni lluvia venga sobre nosotros,

(1) De las palabras griegas *apo*, lejos, y *strephe*, volverse.

(2) Libro II de los Reyes.

porque allí fué abatido el escudo de los valientes.» Esta figura es en elocuencia lo que lo maravilloso es en poesía; de aquí la necesidad de emplearla con reserva, pues principalmente conviene á los discursos de un género elevado.

*Exclamación*.—Es una figura por cuyo medio se expresan con mayor viveza los sentimientos de sorpresa, de admiración, de terror, de alegría, de furor, etc., de que está uno animado, como en este ejemplo: «¡Jerusalén, Jerusalén... cuántas veces quise allegar tus hijos, como la gallina sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste (1)!» Debe servir de regla para usar esta figura, no afectar las pasiones que no se sienten, porque esta ficción produce pésimos resultados. No se crea que la gracia de la exclamación está en acumular admiraciones y en hacer pueriles aspavientos, no; ha de ser sugerida por la pasión y por una pasión vivísima.

*Corrección*.—Consiste en sustituir una expresión por otra, por parecernos demasiado fuerte ó demasiado débil, como en este ejemplo: «Los vicios acaban la vida del hombre más robusto. Esto digo. No es este el mayor daño: los vicios perjudican al honor, colman de oprobio y dan muerte á las almas.» Hay otra especie de corrección más ligera ó delicada que se hace modificando ó adicionando el pensamiento principal. De Carlo-Magno, dice un político: «Formó admirables leyes, y aun hizo más; las hizo ejecutar.»

*Hipérbole* (2).—Es una figura que consiste en exagerar las cosas para conmover más vivamente. Es efecto de pura imaginación, y á veces también de una pasión exaltada, que teme quedar corta en lo que quiere dar á entender.

Si bien las hipérbolés son permitidas en pasajes tran-

(1) San Mat., 23, 37.

(2) De la palabra *hipérbole*, exageración.

quilos, como en las descripciones, es menester que aun entonces el objeto de que se habla sea en sí mismo nuevo, grande y oportuno, de suerte que la admiración que excite pueda causar en la fantasía el mismo efecto que una pasión muy violenta. La hipérbole es figura grandiosa, pero debe emplearse con mucho cuidado, porque si no es muy natural, degenera en visible hinchazón. San Jerónimo, hablando de lo sucedido en el Concilio de Rimini, dice: «Que se admiró el mundo de verse arriano.» La mejor regla para juzgar de la oportunidad de las hipérbolés, es la de Quintiliano: «Aunque lo que se diga sea inverosímil para el que lo oye, no lo sea para el que lo dice.»

*Prosopopeya* (1).—Es la más atrevida y la más enérgica de las figuras de pasión; presta vida, sentimiento, acción y aun habla á los seres inanimados, lo mismo que á los animados, á los muertos como á los vivos y á los objetos puramente imaginarios como á los personajes reales.

Cuatro son los grados de la prosopopeya: 1.º, cuando simplemente se dan á objetos inanimados, incorpóreos, epítetos y calificativos que sólo convienen á los animados ó corpóreos; 2.º, cuando se introducen los inanimados obrando como si tuvieran vida; 3.º, cuando se les dirige la palabra, como si pudieran entender lo que les decimos; 4.º, cuando les hacemos hablar á ellos mismos.

*De primer grado.*—Cuando decimos que *la cobardía es cruel, el amor materno es ciego*, y otras expresiones semejantes, cometemos una prosopopeya de primer grado. Estas ligeras personificaciones suponen tan poca agitación en el que habla, que pueden entrar sin violencia en la composición menos elevada con tal que no se vea que han sido buscadas con demasiado estudio.

(1) De las palabras griegas *prosopon*, persona, y *poieo*, describir. También recibe esta figura el nombre de personificación.

*De segundo grado.*—«La discordia rasga con sanguinosa mano el velo de paz que cubría la España, y dando suelta á las víboras sedientas que emponzoñan la sangre de su pecho, pronuncia el grito de exterminio entre padres é hijos, entre hermanos y amigos.» Las prosopopeyas de este grado son ya más fuertes, y no pueden emplearse sino en composiciones que exijan cierto grado de elevación, particularmente si están en prosa.

*De tercer grado.*—Fray Luis de Granada, hablando de la muerte del Salvador, dice: «¡Mirad, cielos, esta crueldad, y cubrios de luto por la muerte de vuestro Salvador!» Las prosopopeyas de este tercer grado suponen ya tan acalorada la imaginación del que habla, que en prosa sólo pueden tolerarse en pasajes muy patéticos de composiciones del género oratorio. Cuando nuestro ánimo está vivamente conmovido por afectos tiernos, melancólicos recuerdos é impresiones dolorosas, hablar entonces con las cosas que tienen relación con las que fueron en otro tiempo objeto de nuestro cariño y de nuestra ternura, es hablar el lenguaje de la naturaleza.

*De cuarto grado.*—«Escuchad, escuchad la lección que os da esta tumba: yo, dice, no admito distinción de clases; en mi seno las confundo todas; no tengo más que un nivel y una medida.» Estas prosopopeyas son las más atrevidas: para personificar objetos inanimados, poner razonamientos en su boca, preciso es un grande entusiasmo que arrebate y enajene al orador. Sólo se emplean en asuntos muy importantes.

Esta figura es sin duda la más patética entre todas las patéticas, porque prescindiendo de la nobleza y robustez que tiene en sí misma, adquiere más calor, más espíritu y más vida, reforzada por otras de las más ardientes, que generalmente la acompañan, como son la *exclamación*, la *interrogación*, *conminación*, *apóstrofe*, etc.

*Reticencia* (1).—Por esta figura se detiene el orador de repente, para pasar en seguida á otra nueva idea, pero de modo que los oyentes puedan comprender lo que no se dice y aun á veces más de lo que se dice. El silencio, en algunas ocasiones, es en efecto más elocuente que las frases más apasionadas, y dejando á la fantasía el cuidado de interpretarle, se eleva fácilmente á regiones desconocidas. Así se verifica en aquellas palabras del Salvador, llorando sobre Jerusalén: «Si conocieses ahora la paz y los bienes que en este día tuyo te venían... Mas todo esto está ahora escondido á tus ojos (2).» Ocioso es advertir que esta figura no debe emplearse sino cuando el ánimo se halla agitado de alguna fuerte pasión.

*Interrogación*.—Consiste en dirigir una pregunta, no para obtener una respuesta, sino para dar más realce al pensamiento: véase este ejemplo de Fray Luis de Granada: «¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusisteis delante de nuestros ojos, para que en él contemplásemos vuestra hermosura?... ¿Qué es todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro, que vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sabios como de ignorantes, para que en él estudiasen todos y conociesen quién vos érades?» etc.

Si á la pregunta añadimos nosotros mismos la respuesta, la figura se llama entonces *subyección*. Ejemplo: «¿Quién debe ser el favorito de un rey? Su pueblo.» Algunos dan también el nombre de *subyección* á una serie de pensamientos, en la cual cada uno de éstos va acompañado de otro correlativo, que le sirve de ilustración ó de causal, ó contrasta con él bajo cualquier

(1) Del verbo latino *reticeo*, callar.

(2) San Lucas, 19, 42.

respecto que sea. Esta forma se emplea comúnmente en los *paralelos*.

De todas las figuras oratorias, la más dominante y la más rápida es la interrogación. Pero si se emplea en los principios sobre que está basado el discurso, espárece una obscuridad inevitable y cierta especie de declamación y de vaguedad que disgusta á los buenos espíritus. He aquí por qué debe emplearse después de la exposición luminosa del asunto, á fin de despertar luego los afectos é imponer silencio á la mala fe y á las vanas excusas de la debilidad.